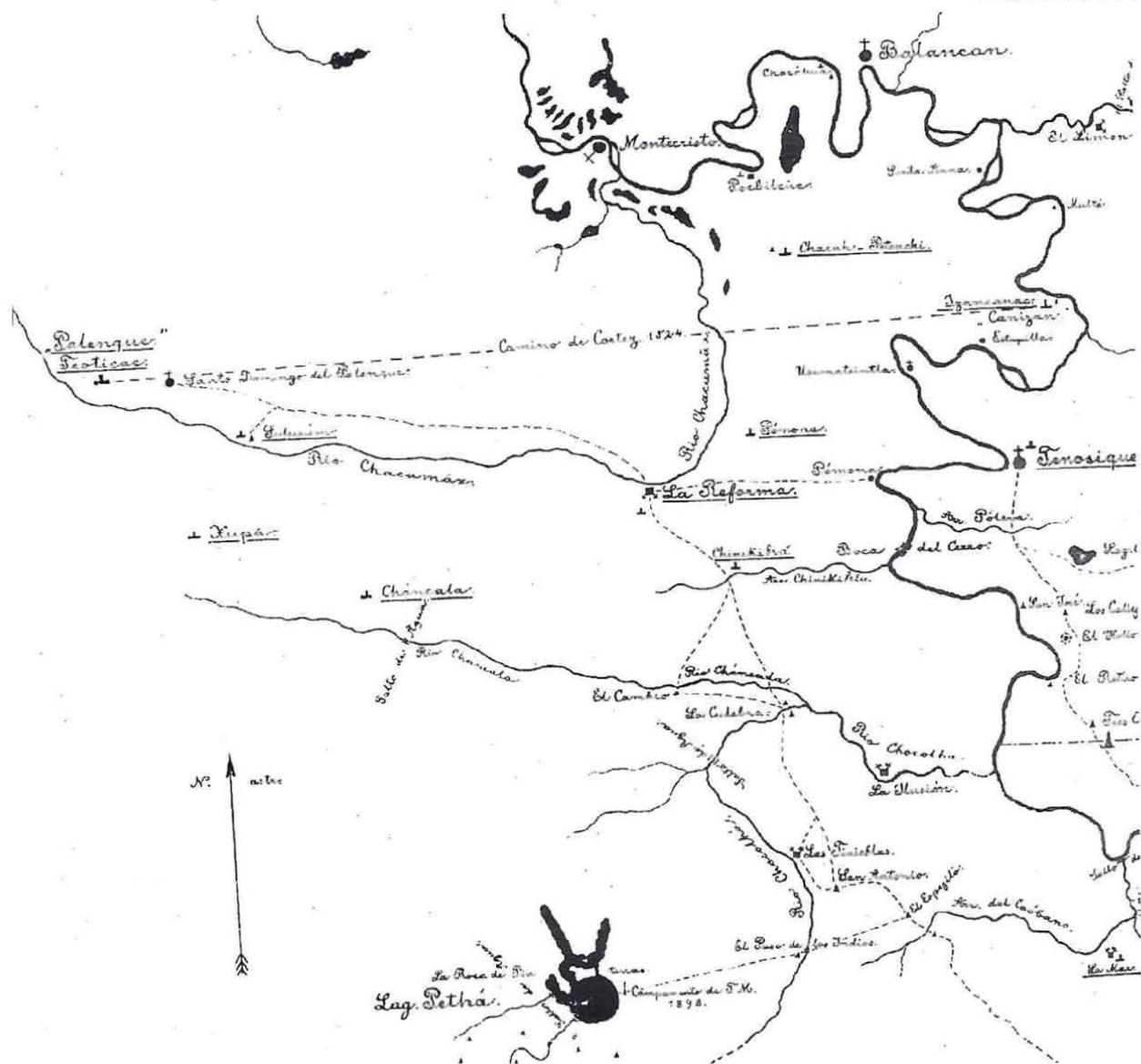


Las ruinas de Chinikihá

Teobert Maler



En enero de 1898, Teobert Maler inició exploraciones arqueológicas en la región del río Usumacinta. Partió de Tenosique, Tabasco, pasó por el pueblo y ruinas de La Reforma y luego arribó al sitio arqueológico de Chinikihá. Este mapa, elaborado por Maler en el año 1900, muestra los principales pueblos, caminos, ríos y sitios arqueológicos de la región, incluyendo a Palenque. En esas épocas, los senderos a menudo desaparecían entre el denso bosque tropical y debían abrirse nuevamente, a punta de machete. Las intensas lluvias agravaban las dificultades para transitar por esas zonas inhóspitas. Es incuestionable que las exploraciones de Maler abrieron un nuevo capítulo en la historia de la arqueología maya.

El nombre Chinikihá (Tsinikihá), o Chinikihá, admite una interpretación doble: chi-nikil-há, "boca o apertura donde desaparece el agua", en alusión al túnel rocoso por el que atraviesa el río no lejos de las ruinas. O también puede ser que en la región existe un árbol llamado chinikil (nic, nicté, en los nombres de plantas siempre significa "flor"). Por lo tanto, el nombre —sin poner mucho énfasis en la segunda i— puede significar también "agua donde crece el árbol chinikil". Yo tenía amplio

conocimiento de que había una gran ciudad en ruinas sobre el río Chinikihá, pero no fue sino hasta mediados de enero de 1898, después de establecer mi base de operaciones en La Reforma, que fui capaz de efectuar la exploración de esas ruinas. Para alcanzarlas, primero tomamos el camino de Tzendales, y después de viajar unas dos leguas (o por dos horas), dimos vuelta hacia la izquierda, siguiendo el camino de una montería abandonada, El Clavo, y virando aún más hacia la izquierda, pronto

cruzamos el Chinikihá y alcanzamos el camino viejo de Tenosique, un camino que pasa directamente a través de la ciudad arruinada. Aquí, sobre este sendero, el cual ahora es raramente utilizado, construimos un pequeño cobertizo de hojas de palma, una champa, en un sitio apropiado para bañarse en el río y para proveernos de agua. Primero exploramos todos los restos a la derecha del camino, pero no localizamos vestigios de muros y terrazas, con excepción de un edificio donde encontramos pequeños cuartos posteriores medianamente conservados; todo lo demás estaba completamente en ruinas. Entonces seguimos el camino a Tenosique por unos dos kilómetros, hasta el término del paso de la montaña, donde el sendero corre entre riscos altos que comienzan a descender hacia el valle del Usumatsintla. A pesar de esta difícil tarea, escalamos esos riscos y disfrutamos de una magnífica vista de las interminables y boscosas tierras bajas, a través de las cuales corre el Usumatsintla. Desde estas ligeras alturas nuestra vista se extendía tan lejos como Balancán y más allá. Pero al no encontrar estructuras en ese risco, regresamos agotados a nuestro campamento.

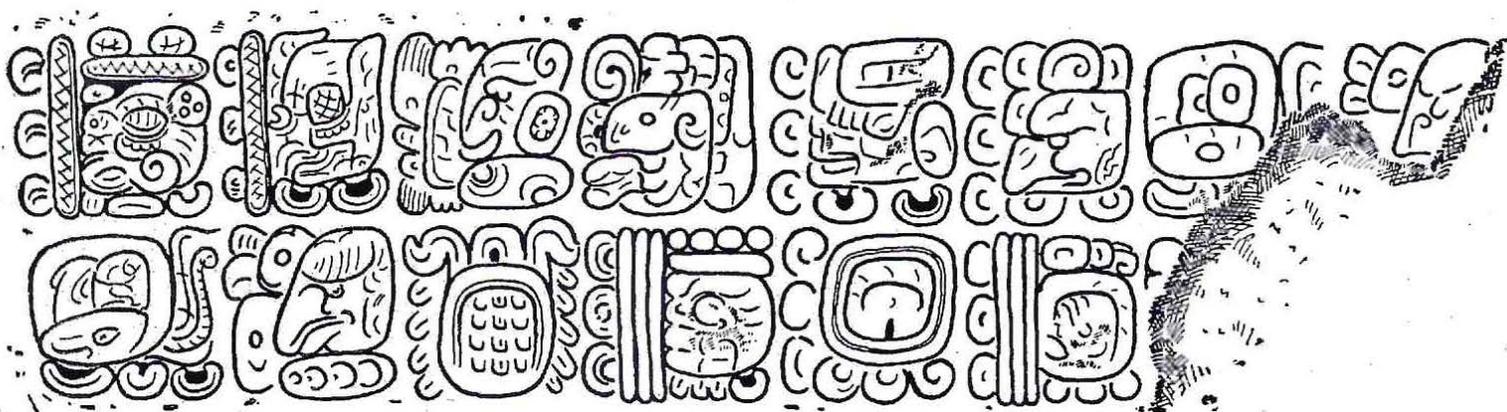
Al siguiente día continuamos con la exploración de esa porción del pueblo que se encuentra del lado izquierdo del camino. Aquí encontramos el cuerpo principal de una construcción, que de verdad se encuentra en ruinas. Dos grupos de edificios de nobles proporciones llamaron nuestra atención. En el primero se percibe claramente los trazos de un patio, que es interceptado

por una estructura masiva. Los cuartos que formaban este patio también estaban en ruinas, pero en el escombros se observan restos de los dinteles, los cuales examiné con la esperanza de encontrar esculturas por debajo, pero todo fue en vano.

El otro gran grupo de edificios, que en recientes años cayeron en las manos depredadoras de los madereros que explotan estos recursos, fue muy difícil su redescubrimiento, pero desde que los madereros abandonaron la zona, se le prendió fuego y ahora todo es devorado por la densa vegetación. El señor Molina en persona vino en nuestra ayuda, proveniente de La Reforma, trayendo con él algunos de los mas experimentados de los viejos monteros. Y solo fue mediante esta ayuda que pudimos localizar las ruinas.

Una gran pirámide que alguna vez formó el basamento del templo principal, surge en varias terrazas, y ahora aparece en ruinas, como las edificaciones adyacentes. Entre el escombros dejado por los madereros, quienes —lamento decirlo, parecen entretenerse incidentalmente en una manera poco adecuada para la arqueología pero naturalmente en el estilo de los cortadores de madera— habían tomado una losa portando inscripciones la cual intentaron llevarse con ellos, pero la encontraron demasiada pesada, dejándola tirada sobre el piso a un lado de la pirámide principal, ¡contentándose con llevarse como "muestra" un pedazo de la esquina de la losa!

Corrí con suerte al encontrar esta losa, pues percibí que formaba parte de una banca o trono que



Segmento de inscripción glífica labrada sobre la banca o trono que Maler localizó en Chinikihá. Registra la entronización de un gobernante local llamado *K'inich B'a[ah] Tok'*. Sin duda, Chinikihá fue el asiento de una dinastía que mantuvo su independencia frente a las poderosas capitales situadas en sus alrededores: Pomoná, Piedras Negras y Palenque, aunque es posible que haya mantenido algún tipo de alianza con esta última. El estilo de las inscripciones de Chinikihá muestra una fuerte influencia de la caligrafía palencana.



Segundo fragmento de inscripción del trono de Chinikiha'. Registra una fecha de final de k'atun: 9.7.0.0.0, 7 Ajaw, 3 K'ank'in, equivalente al 5 de diciembre del 573 d. C. También asienta que 20 días después fue capturado un individuo que es aludido como el "el ajaw de Toniná" (*Po Te' Ajaw*). Ello indica que Chinikihá jugó un papel beligerante dentro de los conflictos interregionales que tuvieron como escenario la cuenca del Usumacinta.

alguna vez descansó sobre una pared. Esta losa muestra en sus tres caras (naturalmente angostas), ornamentaciones con jeroglíficos finamente tallados y ejecutados en bajorrelieve, mientras que en la parte alta (por lo menos la parte que encontré) también tienen inscripciones, que estaban incisas.

Aquí hubo otro episodio propiciado por las equivocaciones surgidas del entrometimiento de la gente ignorante. Si los hombres simplemente hubieran dejado la losa en el lugar en que lo encontraron, hubiera sido fácil para mi realizar una pequeña excavación y la pequeña parte perdida indudablemente hubiera salido a la luz. Ahora, por supuesto, nadie se cuestiona en qué parte de las ruinosas pirámides, cubiertas con árboles, permanecía esta losa. Aun así, debemos estar contentos con el mutilado fragmento aquí descubierto.

Este fragmento fue tallado en una de las más finas calizas. Su ancho es de 62 cm, su longitud es de 7 cm, el grueso de la banda de los glifos es de 7 cm, pero el espesor de la roca es un poco mayor. La inscripción incisa de la parte alta consistía (de acuerdo a mis cálculos) en veinticuatro cuadros conteniendo glifos en dos filas de doce cada uno. De la primer fila ocho están bien conservados y de la segunda seis se conservan. Los cuadros faltantes corresponden a la parte fracturada. Los primeros

siete glifos de la banda externa están conservados; por el mismo lado, debieron haber sido cuatro más y alrededor de la esquina rota en el lado más alargado probablemente seis más; seguidos por siete cuadros bien conservados hasta el borde donde se unía con la parte fracturada. He tomado fotografías de las bandas de glifos preservados en las angostas caras frontales e hice trazos de las inscripciones de la cara de arriba. Junto al lado norte de la pirámide en ruinas, hay un palacio grande con varios patios. En uno de los lados del patio principal hay una fila de angostas entradas, que están abovedadas con bóvedas triangulares aplanadas en la parte alta. Estas entradas pienso que no llevaban a los cuartos, sino que simplemente eran pasajes mediante que permitían llegar a cámaras en la parte trasera y en los lados, mientras que las rocas del techo formaban un pasaje elevado para unir las terrazas.

Escalando sobre las ruinas de las cámaras colapsadas, que descansan del lado opuesto de la estructura con los arcos triangulares, vimos los restos de edificios y de un pasaje cubierto, que debió llevar a una cámara llena ahora con escombros. Trazos de pintura roja (diseños de líneas) todavía son visibles en las paredes estucadas de este pasaje (antecámara), pero ahora se han vuelto tan confusos que es imposible para mi, el copiar los diseños.

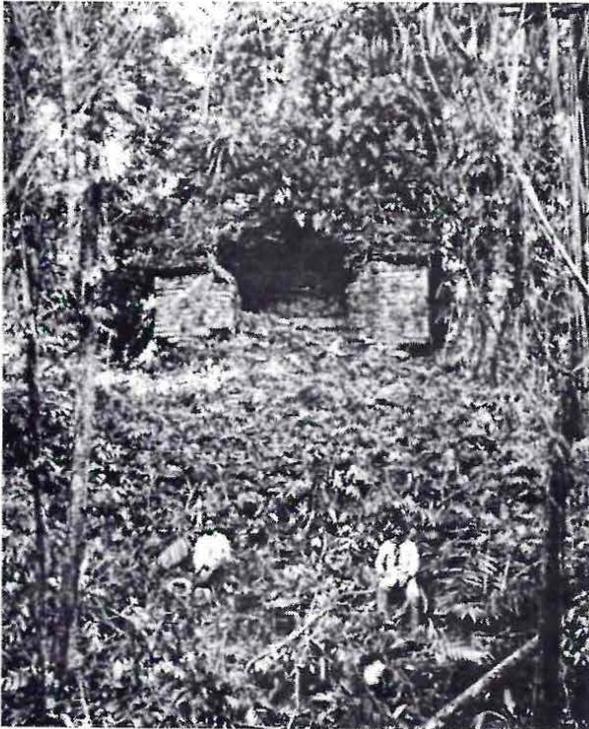
Dado que las fachadas principales de este

grupo de edificios, especialmente la del templo, están orientadas al oeste, busqué con gran esmero en la superficie del frente con la finalidad de localizar piedras esculpidas y encontré una pequeña piedra de sacrificios de forma circular, así como también los fragmentos de una pequeña estela, que tiene la figura de un hombre por un lado y una inscripción por el otro. Desafortunadamente ambos lados de la estela están muy erosionados por la lluvia, es por eso que no pude fotografiarlos. Fue inútil el inferir si la destrucción de la estela también se puede imputar a los monteros y al fuego que se propagó por aquellas épocas.

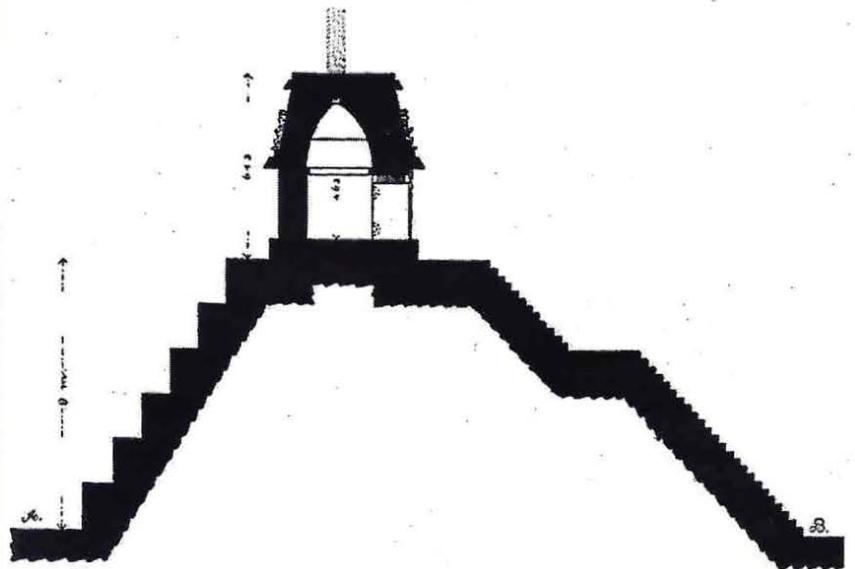
Solamente remarcaré, que en casi todos los casos en donde hay una estela esculpida y cae boca abajo debido al colapso de un gigante del bosque (un árbol), la imagen en contacto que queda boca arriba se destruye irremediablemente, mientras que la que permanece en contacto con la superficie, se conserva maravillosamente. La única explicación que puedo dar en el caso en que ambas caras están perdidas o destruidas, es porque un intruso o saqueador en su curiosidad removió los fragmentos dejándolos

expuestos a la intemperie, dañándolos para siempre. Este segundo grupo de edificios yace en la parte noreste de la ciudad, y a una pequeña distancia de ellos existe una gran pirámide truncada, que puede ser de gran interés y el centro de futuras exploraciones para llevar a cabo excavaciones a mayor escala.

Sin querer culpar más a los honestos madereros, debo mencionar, para completar la materia, que uno de los mozos encontró en estas ruinas una pequeña escultura realizada en piedra en perfecto estado de conservación, que presenta rasgos de pintura y que el llevó con la idea de vendérselo a alguna persona del poblado de La Reforma. Pero en el camino —¿quien sabe donde?— pensando una y otra vez acerca de la recompensa de cincuenta pesos que iba a recibir y la pesada carga que llevaba a cuestas, la escondió en alguna parte en la selva. Al tiempo de mi estadía en La Reforma, el hombre se encontraba muy lejos en la población de Tzendales; por lo que fue imposible localizar la escultura, que ahora está perdida para siempre.



a



b

a) Durante sus investigaciones en la región de Chinikihá, Maler también exploró el sitio arqueológico de Chancalá, actualmente conocido como "La Cascada". Esta imagen del templo principal del sitio es fiel testimonio del talento fotográfico del arqueólogo austriaco. Aún hoy, sus fotos y descripciones siguen siendo fuentes de información dentro de los estudios arqueológicos mayas. b) Formado profesionalmente como arquitecto, Maler ilustró sus reportes con dibujos precisos de las construcciones mayas. Este corte arquitectónico del templo principal de Chancalá, permite apreciar claramente el basamento escalonado, la escalinata, el recinto abovedado y la crestería del edificio.

Blom: un danés errante



Frans Ferdinand Blom Petersen nació en Copenhague, Dinamarca, el 9 de agosto de 1893. Su padre, el abogado Alfred Blom, era propietario de una compañía importadora de maquinaria agrícola, un hombre acaudalado. Realizó sus estudios de enseñanza media superior en la Escuela Preparatoria de Rurigtged, donde obtuvo el grado de bachiller en ciencias y letras. Después, en la Universidad de Copenhague, se graduó como licenciado en filosofía. Blom mostró particular interés por la historia del arte, disciplina que años después le sería de gran utilidad. En febrero de 1919 se embarcó con rumbo a Nueva York y poco después, el 2 de marzo del mismo año, partió hacia México. Después de una breve estancia en la capital, Blom fue contratado por la compañía petrolera inglesa El Águila, como pagador de sueldos, trabajo que desempeñó en la refinería de Minatitlán.

En 1922 decidió recorrer Tabasco y el norte de Chiapas. Navegando por el río, llegó a Jonuta, donde observó la presencia de vestigios prehispánicos. Luego, retomando la misma vía fluvial, llegó a Montecristo (hoy Emiliano Zapata), Balancán y Tenosique. Se dirigió hacia las selvas del sur y llegó hasta el arroyo Chocolha', donde conoció a los indios lacandones. Blom enfermó de malaria y por algún tiempo debió abandonar sus andanzas selváticas. Se trasladó a la ciudad de México (1923), donde trabó amistad con la antropóloga Zelia Nutall, quien lo presentó con el arqueólogo Manuel Gamio, en ese entonces encargado de la Dirección de Antropología. Gamio impulsó la formación académica de Blom y le concedió su apoyo para efectuar una expedición a Chiapas, que dio como resultado la obra *Las ruinas de Palenque, Xupá y Finca Encanto*, de la cual ofrecemos, en las siguientes páginas, el segmento dedicado al sitio de Xupá. Blom comenzó a ganar popularidad y en 1923

conoció a Sylvanus G. Morley, quien gestionó una beca que permitió a Blom realizar estudios de postgrado en la Universidad de Harvard, donde obtuvo el grado de maestro en artes con especialidad en arqueología. En 1925 fue contratado por la Universidad de Tulane, quedando adscrito al Departamento de Investigaciones de la América Media. En compañía de su asistente Oliver La Farge, emprendió una expedición que recorrió Veracruz, Tabasco y Chiapas, para terminar en los Altos de Guatemala, cuyos resultados fueron publicados en la obra *Tribus y Templos* (1926-1927).

En 1929 se convirtió en director del Departamento de Investigaciones de la América Media. En 1931 se casó con Mary S. Thomas, una destacada pianista que pertenecía a una aristocrática familia neoyorkina. Sus actividades se multiplicaron: ese mismo año participó en la organización de las colecciones del Museo del Hombre, de París, continuó viajando por América central y creó la prestigiada revista *Maya Research*. No obstante, sus actividades profesionales le generaron conflictos conyugales, que desembocaron en el divorcio (1938). Abrumado, comenzó a beber en exceso y renunció a la Universidad de Tulane (1940). Decidió radicar por algún tiempo en la Ciudad de México, en el barrio de Tacubaya. En 1943 fue contratado por la compañía hulera Euzkadi, que lo envió a la Selva Lacandona para que evaluara la posibilidad de explotar la goma de caucho. En Ocosingo conoció a Gertrude DUBY y pronto se casó con ella. Blom experimentó una renovada vitalidad y realizó investigaciones arqueológicas adicionales en la Selva Lacandona. En 1951, Blom y DUBY se establecieron en San Cristóbal de las Casas, donde fundaron el Centro de Estudios Científicos Na Bolom, que alcanzaría fama internacional. El arqueólogo danés recibió, en 1954, el Premio Chiapas. En 1962 visitó Palenque, para conmemorar los 40 años de su primera estadía en el lugar. En 1963, y pesar de su avanzada edad, todavía tuvo atrestos para acompañar a Matthew Stirling en su viaje a Bonampak a mediados del mismo año, y poco antes de morir, se le concedió la nacionalidad mexicana, que siempre anheló. Finalmente, el 23 de junio de 1963, Frans Blom murió en San Cristóbal de las Casas, a los 70 años de edad.